

oradores demagogos y por la versátil muchedumbre; así de ella un satírico, como Dante de Florencia, que el que volviera allí despues de tres meses de ausencia no conocia ya el gobierno ni las leyes.

Para citar un ejemplo de esto basta exponer que Solon habia concedido los derechos de ciudadano á los hijos naturales y á los nacidos de mujer extranjera. Pericles hizo prevalecer una ley que los excluia; habiendo perdido posteriormente á sus dos hijos y queriendo que se admitiera como ciudadano á uno de sus bastardos, dispuso revocar esta última medida. Despues de la expulsion de los treinta tiranos fué la ley de Solon nuevamente anulada, declarándose ilegítimos los hijos nacidos de extranjera.

En medio de semejantes variaciones no es posible formar clara y uniforme idea de la legislacion ateniense; así, mientras que la de los dorios permanece fiel á su origen exótico, ésta se aproxima cada vez más á la naturaleza helénica. Orgullosos los atenienses de su libertad y de su individual cultura, sensibles, turbulentos, ávidos, ilustrados, caprichosos, nos ofrecen el tipo del carácter griego.

A semejanza de todo legislador, Solon debió hacer concesiones en muchas cosas á la índole de su pueblo. Interrogado sobre si creia haberle dado las mejores leyes repuso:—*Las mejores que pueden soportar.* Arguyéndole Anacarsis acerca de que las leyes eran como las telas de araña donde quedan presas las moscas mientras pasan á través las golondrinas, Solon le replicó de esta manera:—*Mis leyes serán observadas porque las acomodo á los intereses de los ciudadanos de modo que á nadie le tiene cuenta violarlas.*

Conocia, pues, los dos principios capitales de la oportunidad y del interés privado, convertido en custodia del interés público; por otra parte se ha podido notar que no sacrificó la moral á la política como Licurgo. Éste último vió que su pequeño país bastaba al sustento de sus habitantes y desterró de allí todo comercio y á todo extranjero. Solon debió propender á naturalizar en el terreno árido de la Atica las artes y la industria. Licurgo pudo hacer lo que quiso en un gobierno de reyes; Solon en un gobierno popular debió hacer lo que pudo. Tenía

que dirigir el primero á un pueblo tosco y habituado á la tiranía del patriciado; el de Atenas, que habia ya pasado por muchas revoluciones, oía lo que le era más ventajoso y la posibilidad de conseguirlo. Licurgo, hombre de natural austero, sujetó las costumbres á las leyes; Solon, de un carácter suave, adaptó las leyes á las costumbres; aquél formó el pueblo más belicoso, éste el pueblo más culto: Regidos los espartanos con una vara de hierro experimentaron ménos sacudimientos interiores, á la par que la tintura política de que participaba cada uno en Atenas multiplicó las turbulencias civiles. Unos conservaron por más largo tiempo su independencia; otros la perdieron; mas por dicha las armas y la victoria no lo son todo en el mundo, y el imperio de las letras y de las ciencias no se perdió con la batalla de Egipto. Además, los atenienses sobrellevaron con dignidad el infortunio; despues de la toma de su ciudad por los persas y por Lisandro no desalentaron y volvieron á levantarse, al paso que los espartanos y despues de las derrotas de Pilos, de Citeres y de Leutres cayeron en el abatimiento como una nacion sin pasado y sin venidero. Así estas dos ciudades representan en la Grecia los dos elementos de todos los estados, uno que conserva, otro que perfecciona. Esparta aristocrática es fiel trasunto de los gobiernos cortados á la asiática, basamentados en la fé, en la inmovilidad sagrada de los usos hereditarios, en el amor y el respeto á todo lo antiguo; Atenas popular camina hácia adelante por la senda de la libre discusion con los ojos fijos en el porvenir y funda la libertad.

Luego que Solon expuso sus leyes públicamente, todo era idas y venidas á su casa; uno le pedia una explicacion, otro le surgeria un cambio, otro le censuraba por tal ó cual medida. Fastidiado de esto salió nuevamente de la ciudad y tornó á viajar por espacio de diez años.

CAPITULO V.

Pisistrato.

Al regresar Solon á su patria halló otra vez reanimadas las disensiones entre el pueblo que, libre desde entonces del yugo, queria vengarse, y los nobles que aspiraban á recobrar su antigua supremacia. A la cabeza de éstos se en-

contraban los alcmeonidas; al frente del pueblo estaba Pisistrato, deudo de Solon, ciudadano rico y generoso, que se mostraba protector de los débiles y aspiraba á la tiranía. A fin de lograr su designio, se presentó un día herido en la plaza pública, y dijo que aquel golpe era obra de los nobles que le aborrecian por ser partidario del pueblo (571). No fué menester más para éste le decretase una guardia con la cual se apoderó de la ciudadela, echó fuera á los alcmeonidas, y usurpó el poder supremo.

Pisistrato poseia todas las cualidades necesarias para seducir y deslumbrar á un pueblo; gallardo de persona, valiente, espléndido, hábil orador, reunia el talento natural al saber; afable con todos, hallaba en él un bienhechor el indigente, y el oprimido un apoyo: siempre favorable á la muchedumbre cuando se trataba de leyes y de instituciones, era patrono de la gente de letras y de los artistas. Hasta el mismo Solon cayó en sus redes, y le favoreció al principio ignorando todavía sus proyectos; mas luego que los hubo penetrado, le dijo:—*Serías el primer ciudadano de Grecia, si no fueras el más ambicioso,* y le hizo una oposicion muy viva. Habiéndole preguntado cierto día Pisistrato qué era lo que tanto le alentaba á tanta resistencia, repuso: *Mi ancianidad.* Valdria más que hubiera podido decirle: *Mi virtud.* Por último, no pudiendo soportar por más tiempo el espectáculo de los males de su patria, la abandonó, y murió de edad avanzada. Tenía costumbre de decir:—*Envejezco aprendiendo.* Próximo á la muerte, mandó que le leyeran repetidamente algunos versos, á fin, decia, *de morir más instruido.*

No gozó Pisistrato en paz del poder que habia usurpado, y hasta se vió obligado á evacuar la ciudad cuando los alcmeonidas volvieron á entrar en ella con Megacles; pero tan perfectamente condujeron sus amigos las cosas, que se acomodó con sus rivales, siendo esposo de la hija de uno de ellos. El pueblo, que suponía háberselo devuelto Minerva, tornó á colocar inmediatamente en el primer puesto. Otra vez derrocado, vivió quince años en el destierro; llamado nuevamente á Atenas, la gobernó hasta su muerte.

Para hacer ménos tumultuosas las asambleas, y más difíciles los manejos, dirigió hácia la

agricultura á muchos ciudadanos, concediéndoles tierras para plantar el sagrado olivo con el gravámen de pagar al Estado el diezmo de la renta. A fin de pulir y de enseñar á los atenienses, favoreció las artes y las ciencias, formó una biblioteca, puso en orden los poemas de Homero, al mismo tiempo que abria camino al comercio y asilos á los soldados inválidos. Con la intencion de mantener al pueblo siempre contento y sumiso, dió impulso á los trabajos públicos, y empezó el templo de Júpiter Olímpico. Su natural dulzura y su propension á perdonar, contribuyeron á grangearse las voluntades. Habiéndose atrevido un jóven á dar un beso á su hija, demandaba la madre venganza; Pisistrato dijo:—*Si castigamos á aquéllos que manifiestan amor hácia nuestra hija, ¿qué haremos á los que nos aborrecen?* Algunos malos sujetos dirigieron una noche injurias á su esposa; disipada su embriaguez, acudieron al día siguiente á excusarse; pero éste, fingiendo sorpresa, dijo: *Debeis estar equivocados, puesto que mi mujer no ha salido ayer noche.* Enojados en contra suya algunos de sus amigos, se retiraron á una plaza fuerte. Luego que lo supo Pisistrato, se dirige allí tambien seguido de un gran número de esclavos que llevaban su bagaje, y dice á los enojados llenos de asombro:—*He resuelto que os volvais conmigo, ó quedar-me con vosotros.*

Atenas podia considerarse venturosa con semejante tirano; pero es muy digno de lástima un estado cuando necesita cimentar su felicidad en las prendas personales de un dueño. Bajo sus dignos hijos Hiparco é Hipias fué perfeccionándose la civilizacion en Atenas; servian de ornato en los caminos sentencias morales esculpidas en la piedra á la par que brillaban en la córte muchos talentos escogidos y entre ellos Simónidas y Anacreonte. Se redujo á la mitad la contribucion del diezmo pagada por los cultivadores; adelantaba el templo de Júpiter y aun faltaba muy poco para darle fin.

Todavía duraban sin embargo los antiguos odios. Desterrados los alcmeonidas se habian refugiado á Macedonia donde formaban un núcleo de descontentos. Hipias é Hiparco, poco reservados en materia de mujeres, corrompian á los demás con su ejemplo y se creaban enemigos. Ultrajado Harmodio en la persona de su

hermana se concertó con Aristogiton y con otros muchos; acometieron á los dos príncipes y mataron á Hiparco: Hípias le sobrevivió para vengarle; Harmodio fué asesinado por el pueblo enfurecido; Aristogiton condenado al tormento designó como cómplices suyos á los mejores amigos de Hípias, que sufrieron el último suplicio. Interrogado por el tirano sobre si tenía que denunciar más traidores, le dió por respuesta:—*Ahora no conozco más que á ti que mereces la muerte.* Puesta en el tormento Leéna, dama del homicida, se cortó la lengua con los dientes de miedo de que los dolores la arrancasen algun nombre.

Estos acontecimientos despertaron el aletargado amor de libertad en los atenienses (514). Erigiéronse estatuas en honor de Harmodio, de Aristogiton y de Leéna, y vino á ser canto nacional el himno compuesto en su alabanza. Entre tanto Hípias, víctima de sospechas y ávido de venganza, hacia su dominación cada vez más ominosa. Llamaron los almeonidas en su auxilio á Esparta y á los oráculos de la Pytia, y marchando sobre Atenas, se apoderaron de ella con las armas en la mano. Fué restablecido el gobierno republicano y huyó Hípias al territorio de las persas.

Aquí la confusión es grande. Calistenes, caudillo de los almeonidas, quien con el título de libertador dominaba en Atenas, procuró desarraigar las antiguas facciones haciendo una nueva distribución de ciudadanos; elevó las cuatro tribus jónicas al número de diez, y de cada una de ellas debían sacarse cincuenta senadores; cada una debía tener asimismo seis magistrados particulares y una especie de gobierno municipal, lo cual hacia sentir más la libertad por el ejercicio desparramado del poder. Sea como quiera, esta libertad fué el verdadero cimiento de la grandeza de Atenas.

En tanto, Esparta, que había intervenido en los negocios de Atenas, socorriendo primeramente á los almeonidas contra Hípias, y después á Hípias contra su patria, acabó por unirse á los beocios, á los calcidios y á los egíatas, y tentó sujetar á Atenas á la dominación de Iságoras, enemigo de Calistenes. Pero la disciplina espartana sucumbió ante la bravura de los atenienses, peleando en defensa de sus derechos. Envalentonados por el triunfo, ayu-

daron á los griegos del Asia Menor á sacudir el yugo de los persas, lo cual les atrajo la guerra por parte de éstos. Antes de ocuparnos en este gran drama, debemos dirigir una mirada á las demas repúblicas griegas.

CAPITULO VI.

PEQUEÑOS ESTADOS DE LA GRECIA.

El Peloponeso.

Además de la montuosa Laconia, comprendía el Peloponeso la Arcadia, célebre en los cantos de los poetas por sus pastos, por el templo de las Gracias en Orchomena, el Alfeo y el Erimantho. Agréguese la Mesenia, cuyos infortunios hemos deplorado; la Elida, donde los juegos olímpicos reunían toda la Grecia; la Argólida, la Achaia, Sicyone y Corinto, asentado junto á dos mares.

Jactábanse los arcadios de no haber salido nunca del país nativo, ni doblábase bajo el yugo extranjero. Era un pueblo antiquísimo donde los habitantes de Eleusis introdujeron desde muy temprano los misterios de la gran diosa, es decir, el cultivo del trigo (1480). Mulé, uno de sus reyes, fué inventor de los molinos, á los cuales dió su nombre; Eurotas contuvo con diques el río así denominado; siempre que estos no sean nombres colectivos de pelascos, bienhechores de aquel país, al cual se habían refugiado en parte sus restos. Asociábase entre los arcadios la afición á la música á sus costumbres salvajes, y á semejanza de los suizos lidiaban en favor de quien los tomaba á sueldo. Pan era objeto de especial culto en aquel territorio.

Arcades y Licaon empezaron allí una serie de reyes, atentos á conservar á sus súbditos las ventajas de la paz. Una colonia, partida de Psosis, en Arcadia, con el hijo de Dardano, fundó la Psosis de la isla de Jacinto, y ésta edificó más tarde á Sagunto, en España, doscientos años antes de la guerra de Troya. Cuando fué invadido el Peloponeso por los dorios, penetraron éstos en todas las comarcas, ménos en Arcadia, protegida por su rey Cipselo, ó más bien por sus montes. Ligóse posteriormente con los mesenianos en contra de Esparta, y habiéndolos vencido, fué apedreado el rey Aristócrato II por el pueblo, quien abolió la dignidad real.

Formáronse entonces tantos Estados como se contaban ciudades; las dos principales eran Tegea y Mantinea (Tripolizza y Aconti) que se gobernaban por el sistema republicano, naturalmente propio de pastores, á menudo en guerra una contra otra sin aliarse nunca.

Argos y Sicyone (1870) pasaban por los dos reinos más florecientes de la Grecia, y su fundación se remontaba al fabuloso Inacho (1390). Perseo, uno de sus descendientes, se estableció en Thirinto, ciudad cuyas construcciones revelan un origen pelásgico; allí residieron sus sucesores hasta la época en que los hijos de Hércules expulsados por Eurystheo, encontraron asilo entre los dorios (1290). También debió ser fundado por Perseo el reino de Mycenas, perteneciente á la familia de Pelope. Cuando tuvo lugar la invasión de los dorios (981), cayó Argos en poder de Temeno, cuyo hijo Ciso vió reducida su autoridad de rey á un nombre vano (800). Hasta el nombre fué abolido, y se estableció la república en Argos. Fidón dictó allí leyes y concedió derechos políticos á todo el que podía sostener un caballo; protejió la industria, é instituyó, según se dice, pesos, medidas y monedas. Encontrábanse á la cabeza del gobierno de Argos ochenta senadores y magistrados llamados artinos. Ciento ochenta familias elegían en Epidaura el senado de su seno. Estas dos ciudades, Mycenas, Tirinto y Trezena, formaban con su territorio otros tantos estados diferentes; pero habiendo adquirido los argios preponderancia, destruyeron á Mycenas y obligaron á los tirinthios á transferirse á Argos, que acabó por dominar á toda la Argólida septentrional (425).

Piérdense en las fábulas los reyes y los sacerdotes de Sicyone. Primeramente fué habitada por los jonios, ocupándola luego en la invasión de los dorios Phalces, hijo de Temeno. Abolió la dignidad real, y se precipitó en una democracia desenfadada, que la sujetó muy en breve al yugo de Orthágoras (700) y de sus sucesores hasta Calistenes, época en que recobró su libertad (600). Florecieron en su seno los primeros artistas de la Grecia; apartándose Dedalo del amanerado tipo de Egipto, comunció mas soltura á las piernas y á los brazos de las estatuas; después de encontrar Cleanto de Corinto los colores, Eupompo de Sicyone per-

feccionó su escuela, y mandó un decreto que todos los hijos de los ciudadanos aprendieran dibujo. A poca distancia de la ciudad se alzaba un templo dedicado á Esculapio y á Higio.

Asentada Corinto en la situación más ventajosa sobre el istmo del Peloponeso con un puerto en el mar Egeo y otro en el de Jonja, formando los golfos Sarónico y de Crisa, era señora del paso entre el Peloponeso y la Atica, como Saboya entre Francia é Italia. Dominábala el Acro-Corinto, ciudadela que encerraba el templo de Venus armada, divinidad dórica, y desde donde se descubría al Norte el Parnaso y hasta el Helicon: tenía al Levante la isla de Egina, la fortaleza de Arbella y el promontorio de Sunium; al Poniente las fértiles campiñas de Sicyone. Su situación le había convertido en centro del comercio: enviábala dátils la Fenicia, alfombras Cartago, Siracusa su trigo y sus quesos, la Eubea peras y manzanas, esclavos la Tesalia y la Frigia. Prosperaba allí la industria y con especialidad en la fabricación de cobertores y en la de objetos de bronce y de barro, si bien á la par se entregaban á su obscuro tráfico miles de cortesanas. Ya Homero había celebrado las riquezas amontonadas de Corinto por los reyes de la raza de Sísifo. Sobrevinieron los heráclidas (1089) y reñó allí Aletes; sucedieronle cinco generaciones de reyes, después de las cuales Thelesto (777), también heráclida y de la familia de los Baquidas, se enseñoreó del poder supremo, instituyendo una especie de oligarquía que elegía anualmente en su familia un pritano. Tal estado de cosas duró hasta Cipselo (657), quien restauró el poder absoluto. Decía que el gobierno popular valía más que el de uno solo, y que la benevolencia general era una salvaguardia más segura que las armas. Preguntándole alguno como conservaba el poder si pensaba de este modo, dijo:—Porque es tan peligroso renunciarlo voluntariamente como á la fuerza.—Hizo leyes suntuarias aunque nunca lograron poner freno á la enorme prodigalidad de los corintos. Debemos alabarle por haber abolido la esclavitud, cualquiera que fuese el motivo que le indujo á ello.

Cuéntase Periandro su hijo (627-587) entre los siete sabios de Grecia; después de haberse acreditado de humano se hizo odioso por sus